

La carrera académica del maestro universitario

ARMANDO RUGARCÍA

Universidad Iberoamericana, Golfo Centro

El asunto de la carrera académica empezó a cocinarse en las universidades mexicanas hace apenas unos años. Todo parecía bien hasta que el país sufrió un par de reveses severos que fueron orillando a que los puestos administrativos se reconocieran y valoraran aún más. El académico buscaba ser líder o directivo pretendiendo de esta manera asegurar su futuro. Pero ante la situación de puestos directivos o sindicales, la mayoría de los académicos, que realizaban docencia y/o investigación en una o varias instituciones, empezaron a presionar para que su estabilidad laboral y futuro quedaran asegurados. Esto contribuye a que se origine el Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

Ante esta dinámica, las universidades con recursos empezaron a priorizar casi con exclusividad a la tarea investigativa bajo la influencia de una droga universitaria y cultural: si eres investigador serás buen profesor. Con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, (CONACYT),

la Secretaría de Educación Pública (SEP) y otros organismos, cientos de profesionales se han posgraduado desde 1970, con la idea de mejorar la investigación y la docencia en el país. La realidad del caso es que la mayoría de los posgraduados no hacen investigación.

En las pocas universidades en las que se realiza investigación con seriedad, la docencia ha salido "lastimada". Los investigadores no quieren dar clases en licenciatura y cuando lo hacen, con frecuencia la deserción de alumnos, por reprobación, expulsión o disgusto, es muy alta (cfr. Rugarcía 1993). Como si el hecho de investigar fuera un veneno para que el académico enseñara con buenos resultados.

No debe ser consuelo que en otros países, como en los EUA, la situación es aún más seria: crisis grave en la educación por el énfasis radical o inocente en la investigación. Se ha creído que al estimular la investigación científica no sólo se mejora la educación sino el desarrollo tecnológico, D. Bok presidente de Harvard, combate esta última correlación en su libro (1990).

Boyer (1990) sugiere que si los EUA quieren mejorar su educación y su industria, se debe enfatizar en las universidades la excelencia en la docencia y la investigación en tres modalidades, e inclusive, propone que aquellas instituciones de educación superior que opten por priorizar la enseñanza sobre la investigación, también deben ser reconocidas por su excelencia al realizar con decoro esta tarea.

Parece ser que se está filtrando por una de las cortinas (mal puesta) que cubren a las universidades un rayo de luz que está queriendo hacer resurgir con dignidad a la tarea docente en sí misma.

De ser cierto este planteamiento esperanzador para ir dignificando a la enseñanza universitaria al desconectarla de la necesidad de realizar investigación, se requerirán dos aspectos más para realmente hacer de ella una tarea eficaz y pertinente al país: Primero, que el profesorado se convenciera que su misión no es transmitir conocimientos sino educar y segundo, que se capacitara para ello. Educar implicaría que el sistema



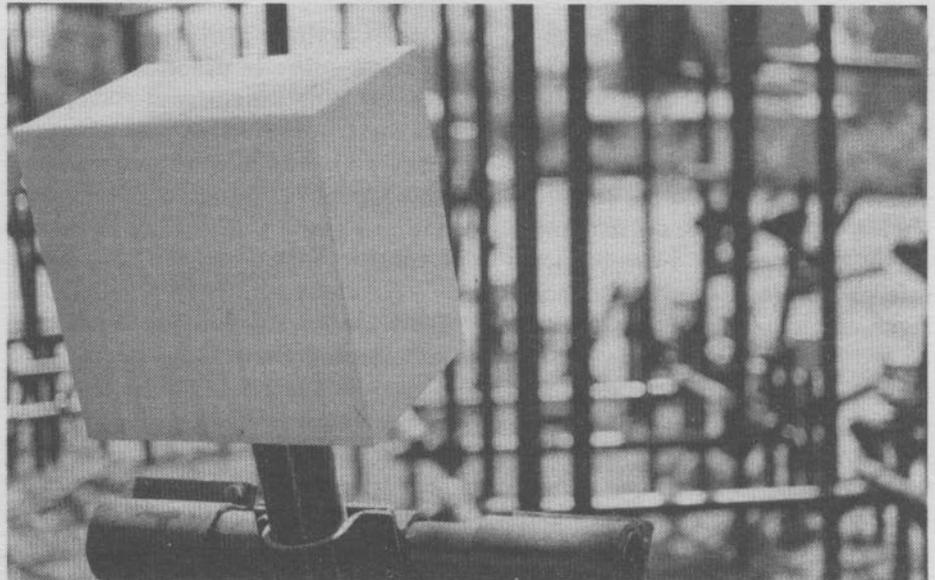


educativo trabaje o estimule tres cosas y no sólo una (conocimientos de memoria) de manera parcial: comprensión e integración de conocimientos, desarrollo de habilidades intelectuales para aprender y manejar los conocimientos y reforzar ciertas actitudes que se piensen convenientes para una positiva interacción profesional y social, (cfr. Rugarcía, 1989).

En el primer apartado de este escrito se establece un perfil del maestro universitario acorde con los planteamientos anteriores, y en el segundo, algunas posturas sobre su carrera académica. No se aborda la carrera académica de los investigadores pues he optado por promover la carrera académica de los más necesitados: los profesores. Por otro lado, el camino de los investigadores está bastante bien delineado sobre todo desde la creación del SNI hace unos años.

■ El maestro universitario

El maestro universitario no debe ser, aunque usted no lo crea, un investigador. Siento mucho decepcionar a la tradición o a la mística de algunas universidades contemporáneas, pero el análisis de lo que ha venido pasando en las instituciones de educación superior nacionales y de algunos otros países y mi propia experiencia como directivo, profesor, investigador y formador de profesores universitarios, me llevan a ratificar lo que parece está emergiendo de entre los escombros educativos en los que yace enterrada la educación del país: la tarea de un profesor es educar y la mejor manera de prepararse para ello es capacitándose para investigar su propia práctica docente. Cada vez se ve más claro



que el doctorado en la misma disciplina que se enseña o se va a enseñar no garantiza una buena docencia si el posgraduado realiza investigación en su propia disciplina al mismo tiempo.

Ambas tareas, la docencia y la investigación, tienen objetivos y métodos diferentes y reclaman por una vocación y preparación diferentes por parte del académico; concedo que hay honrosas excepciones, es decir, personas que realizan investigación y docencia a nivel licenciatura con excelencia, (cfr. Rugarcía, 1992).

Si la tarea del maestro es educar, su carrera académica debe estimular el que se vaya desarrollando como educador en el contexto de cierta licenciatura, o inclusive, de cierto posgrado. Veamos este asunto en el próximo apartado.

■ La Carrera Docente

Tres antecedentes están detrás de lo que voy a proponer en este apartado: Mi formación anterior, muy particular, al "mezclar" posgrado de ingeniería

química y doctorado en educación; mi experiencia como formador de profesores universitarios durante los últimos 12 años; y la situación educativa mexicana iluminada por el análisis crítico de lo que ha pasado en otros países, principalmente en los EUA.

Quisiera abordar el asunto de la carrera docente con un prerrequisito y dos elementos. El prerrequisito es la aceptación comunitaria y la difusión de la tarea de un profesor es educar o eventualmente cualquier otra. Los dos elementos que voy a considerar en la carrera docente de un académico universitario son: su preparación o capacitación y su desarrollo.

Una buena manera de capacitarse para enseñar es estudiando una maestría lo más genérica posible en la temática de la licenciatura que se estudió y otro posgrado: maestría, especialidad o eventualmente diplomado en el que se capacite para ir investigando la práctica docente. Este segundo posgrado conviene que sea en Docencia Universitaria o en un área de las ciencias humanas, de tal manera que permita comprender y mane-





jar los factores que inciden en el hecho de educar.

La investigación docente, la investigación-acción o la investigación en el aula ha sido el patito feo, desconocido o inaceptado por la investigación universitaria. Su rechazo se debe, según percibo, a tres particularidades de este tipo de investigación: sigue un método inductivo que parte de la realidad del salón de clases y no deductivo a partir de leyes o principios soportados por la ciencia; la no aceptación de que la docencia es una tarea práctica, es decir, que persigue un cambio (en este caso en los alumnos) y no un conocimiento como lo busca la ciencia (cfr. Rugarcía, 1993 a); y a su naturaleza que es en cierto grado cualitativa, en contraste con la investigación fuertemente soportada y manejada con números y técnicas estadísticas o matemáticas (esto dificulta su aceptación para publicarse y por tanto el reconocimiento universitario o la permanencia en el SNI).

Con la preparación anterior o inclusive sin ella, la mejor manera de desarrollarse como profesor universi-

tario es realizar proyectos de investigación sobre la práctica docente. Esto permitiría mejorar el manejo de las cuatro variables que afectan principalmente al hecho educativo: los alumnos, el profesor, la temática que se enseña y los aspectos curriculares.

La chispa de la docencia es o deben ser los alumnos que ingresan a la universidad o eventualmente a cada uno de los cursos y no la temática que se enseña. Es la situación de los alumnos desde donde se deben planear las actividades para la docencia. Si el sentido de la docencia es educar, el cambio en la educación de los alumnos es la prueba de fuego de toda aventura escolar o universitaria. Las otras tres variables deben manejarse en función de este objetivo y no de cualquier otra cosa.

La evaluación de la tarea docente, de un profesor, de una escuela o de una universidad debe realizarse alrededor de lo mismo: la ganancia educativa de los alumnos.

Un vistazo a las universidades actuales nos lleva a concluir que es-

tamos muy lejos de aceptar estos planteamientos, pero más que nada del cambio de políticas y del diseño de instrumentos que nos lleven a reconocer, evaluar y estimular la buena docencia. Se confunden irreflexivamente medios sofisticados con buenos resultados educativos.

Me sentiría irresponsable si no hiciera algunas sugerencias estratégicas para ir renovando los ambientes universitarios en pos del establecimiento de la carrera docente. Así que me atrevo a sugerir los pasos siguientes:

a) La realización de un seminario o taller a nivel directivo universitario para revisar y dialogar sobre el significado y desarrollo de la docencia y la carrera académica que esto implica. Si esperamos que los cambios vengan "impuestos" desde fuera de la universidad, éstos, suponiendo que lleguen, serán inaceptables o en el mejor de los casos ineficaces.

b) Si se percibe la necesidad de cambiar hacia lo que aquí se insinúa (o hacia otra cosa), sería conveniente la realización de un seminario o taller con los académicos de tiempo completo por departamento o división, dependiendo de su tamaño, para discutir o intentar llegar a consensos sobre los asuntos ya mencionados.

c) Cambiar la legislación universitaria y/o departamental ajustándose a lo consensuado sobre la carrera docente.

d) Establecer programas departamentales para la carrera docente de los que opten por ella.

Es evidente que algo paralelo tendría que hacerse o realizarse sobre la carrera del investigador y del escritor si se pensara necesario o conveniente.

Creo que la estrategia descrita combatiría de buena manera las ruti-





nas y en algunos casos vicios en los que hemos caído, respecto a los que por falta de espacio sólo remito al lector a las referencias 4, 6 y 7.

■ Conclusiones

He intentado revisar en forma breve y crítico-propositiva la tarea docente en la universidad y la carrera académica que pone los ojos en ella.

La carrera docente debe partir de una idea clara y comúnmente acepta-

da de lo que corresponde a la misión del profesor en estos tiempos tan controvertidos. La tarea del profesor aquí propuesta es: educar.

La carrera docente tiene dos momentos: prepararse para satisfacer esta vocación y llevarla a cabo cada vez mejor. Se ha sugerido someterse a un doble posgrado para capacitarse para enseñar: uno en la propia disciplina y otro en Docencia Universitaria o algo parecido. La mejor manera para desarrollarse como profesor es investigando la propia práctica docente.

Se sugirió una estrategia para crear conciencia de la necesidad de un cambio en la docencia y el tipo de cambio pertinente.

Concluyo, como casi siempre, con la esperanza de que nos demos cuenta, de que nada cambia en educación, si no cambia la mente y el corazón de los gestores educativos, en especial, del profesor. ▲

